

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Marles 25 de junio de 1857.

EN PROVINCIAS.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 760.

MADRID 25 DE JUNIO.

El espíritu de acrimonia y de sistemática oposición que anima á los partidos políticos, ha hecho nacer muchas veces acusaciones contra los gobiernos, que pecan de absurdas en todo aquello que se separan de los principios científicos. Uno de los cargos que se dirigen mas frecuentemente, es el de aumentar las contribuciones con grave detrimento de la riqueza pública. Muchos de los que han querido formar un proceso á las instituciones monárquicas representativas, han fallado en contra de ellas precisamente porque desde que están vigentes, se ha elevado la cifra del presupuesto de ingresos, en una proporción alarmante, comparada con la que se hallaba admitida bajo el régimen absolutista. Este es un error crasísimo que algun día desvaneceremos con datos irrecusables y con razones concluyentes; mas conviene tener muy en cuenta que la cuestión de contribuciones es de una importancia vital en las sociedades, y que ahora, como hace cinco siglos, se reconoce la verdad absoluta que encierran las palabras de aquel célebre político que decía: «todos los Estados perecen por el vientre.»

Sin que sea nuestro propósito seguir ciegamente las doctrinas de los Colbertistas, que ensalzaban al oído de los gobiernos, la necesidad de obtener la mayor suma posible de contribuciones para imprimir un impulso mas enérgico al desarrollo de la riqueza fabril, comercial y agrícola, debemos establecer esta observación: ampliamente sancionada por la experiencia: la regularidad y aumento de los tributos, es la señal mas clara de la civilización y de la subsiguiente prosperidad de un país. Para penetrarse de ello, basta recorrer ligeramente la historia de las naciones mas distinguidas. Es imposible percibir bien, envuelta como se halla en un manto mitológico, y entre las brillantes formas de la poesía heroica, la organización íntima de los grandes imperios de los medos y asirios, colosos levantados del polvo por el génio de un conquistador, y aniquilados de un golpe, por la ruda mano de la desgracia. La inestabilidad de su existencia, induce á presumir que su constitución era el extremo imperfecto, que carecían de elementos propios, y que viviendo como gigantes cascas ayes de rapaña, con el producto de sus usurpaciones, y con el botín arrancado por la punta de sus flechas, sucumbieron tan pronto como encontraron otros pueblos capaces de contener su marcha arrolladora. No debe suponerse que aquellos imperios tuvieran contribuciones; mas no por eso su vida fue mas larga y feliz.

Pero apenas se descubren los primeros contornos de sociedades regularmente constituidas, se ve un sistema de impuestos mas ó menos altos; por ó mejor combinados. Había contribuciones entre los egipcios, y algunas que afectaban á los terratenientes y á los frutos, desprendidos del suelo; las había en Persia, en esa nacionalidad fenómeno que ha resistido durante miles de años el choque de las mas terribles revoluciones; los tributos persas, segun el cálculo de un escritor distinguido, ascendieron en la época de Dario á la respetable cantidad de trescientos millones de reales. Tributos había en Grecia, y especialmente en esa Atenas, trono de las musas, cuna de las bellas artes y el emporio del comercio, y que bajo estos tres conceptos fué el pueblo mas culto de la antigüedad; varios de los impuestos que allí se recaudaban tenían el mismo origen, reconocían igual causa, y aun se distinguían por la misma denominación que los que se hallan planteados actualmente. En Roma, el pueblo-rey, había tambien un sistema tributario hábilmente concebido por Servio Tulio, y desenvuelto en grande escala por Augusto y sus sucesores.

En la edad media, los impuestos fueron creciendo á medida que se emancipaba el pensamiento de las trabas de la ignorancia, y se enaltece la dignidad humana, rompiendo las cadenas del feudalismo. Las prestaciones, ora personales, ora alimenticias, ora pecuniarias, designadas en España, Francia é Italia, por los nombres de moneda, forera, fonsadera, gantar, conlucho, almojarifazgo, revéc, haute peage, imposition foraine, corvée, mancopera, doganse y gabelle, se aumentaron considerablemente en número y en cantidad. En Inglaterra las contribuciones bajo el reinado de Carlos II, ascendían ya á la importante suma de setenta y dos millones cuarenta y siete mil trescientas setenta y dos libras esterlinas; y de entonces á nuestra época, han ido en auge, aunque lento, sucesivo.

Queda, pues, demostrado que los impuestos progresan al nivel que la cultura de los pueblos. No es difícil explicar satisfactoriamente la causa de este hecho constante, general é innegable. El número de habitantes que hay en un país puede figurarse como un elemento para la resolución de este problema, pero la clave verdadera y completa, está sin duda en otra parte, y se descubre á la luz de otras consideraciones.

Una industria cualquiera, una especulación mercantil toma mayor incremento y se eleva á

mayor altura cuanto mas considerable haya sido el capital reproductivo empleado en ella. Los capitales reproductivos son al cuerpo fabril lo que la savia al cuerpo vegetal; lo que la sangre al cuerpo animal; es decir, el principio generador de su vida. Las contribuciones en manos de un gobierno de hábil iniciativa son en toda la verdad de la palabra, un capital reproductivo. Si este se invierte en dar firmeza al orden, en garantizar la tranquilidad, sin la que germinan oscuramente los proyectos mas fecundos, y quedan como inertes inmensas masas de riquezas; si tiende á facilitar las comunicaciones, á hacer que el dominio particular sea un derecho sagrado; si sigue atentamente la chispa luminosa del génio y procura engrandecerla valiéndose de una noble emulación; si hace reinar el concierto y la justicia dentro de las formas protectoras de la propiedad; si eleva el crédito, que es la gran palanca de las sociedades modernas; si contribuye á que el comercio tienda su raudo vuelo por la inmensa superficie de los mares, no se podrá decir sin una inverosimilitud irritante, que este gobierno deja de fomentar la riqueza pública.

Por esta razón, cuando se ataca á un gobierno por haber exigido, una cantidad determinada de impuestos, creemos que se emplea una arma quebradiza y espuesta á saltar en las manos del que la esgrime. Antes y sobre todo debe examinarse el uso que se hace de estos impuestos, y condenarle enérgicamente cuando no es conforme á las verdaderas exigencias de la nación. No se olvide que son pocos los gobiernos que en circunstancias normales, quieren hacer alarde de una perversidad calculada, y que aun los menos puros, sigüera por egoísmo, pretenden seguir la antigua máxima de Tiberio: «conviene trasquilarse las ovejas pero no degollarlas.»

Aplicando estas consideraciones á nuestro país y á la época presente, debemos decir, y lo demostraremos cumplidamente en su día, que los impuestos han tenido la inversión mas conveniente para la prosperidad de nuestra nación, y que si el celo y la laboriosidad son prendas seguras del acierto, el ministro de Hacienda tiene mucho adelantado para cumplir dignamente su delicada misión.

Ayer quedaron aprobados en la alta Cámara los artículos segundo y tercero del proyecto de reforma constitucional que actualmente se discute.

Empezó la sesión á las dos y veinte minutos, y prosiguió lánguida y sin interés hasta que el señor Gonzalez (D. Antonio) se levantó á sostener la enmienda que había presentado al artículo 4.º, y pronunció un discurso poco meditado y fuera de reglamento, que fué contestado con calor y energía por el ministro de la Gobernación señor Nocedal. Como quiera, bueno es que impongamos á nuestros lectores del curso que los debates siguieron en la sesión de ayer, y al efecto, empezaremos señalando una rectificación que pidió se hiciera al *Diario de Sesiones* el señor Arrazola, porque su discurso contenía equivocaciones en que no podía haber incurrido, y de las cuales fijó únicamente dos por no molestar demasiado á la Cámara.

Entrándose en seguida en la orden del día, se dió lectura á la sexta enmienda al artículo 2.º del proyecto de reforma, enmienda firmada por el señor Armendariz, y que tenía por objeto alcanzar que se suprimiesen las palabras en que se determina que las condiciones para ser nombrado senador podrán variarse por una ley.

A fin de apoyarla pronunció el autor un breve discurso, reducido á demostrar que no es prudente ni muy atinado dejar siempre en las constituciones abierta una puerta que autorice su reforma ó modificación, y que parece ser lo mas acertado fijar desde luego la ley de senadores.

El gobierno contestó por medio del Sr. Sefias Lozano, ministro de Gracia y Justicia, que la cláusula que fija la posibilidad de una variación, está en su lugar. La previsión y la política, á la vez que el conocimiento y apreciación de la época, la hacen además necesaria, pues nadie ignora que el movimiento actual de la industria y de la riqueza del país, son tales, que acaso en un tiempo venidero y no lejano, será escasa, reducida é insuficiente para los fines de la ley, la vinculación que hoy se exige á los grandes para adquirir el derecho á la senaduría hereditaria.

Levantóse entonces el Sr. Armendariz para rectificar, y acabó retirando su enmienda, por lo que se concedió la palabra al señor general Calonge, autor de la adición al mismo artículo, que nuestros lectores deben conocer por haberse publicado en el número del domingo.

Como que la adición pedía que se concediera el derecho de senadores matos á los mariscales de campo que hayan mandado ejército ó servido capitánias generales dos años, los argumentos de que su autor se valió vinieron á ser, aunque en términos diversos, la reproducción de los que ya había empleado el señor Ros de Olano, cuando se levantó á sostener su enmienda. Por esto, sin duda, se dió por el señor ministro de la Guerra tan fácil contestación á las razones del señor Calonge, y por esto tambien se de creer que el

Senado no la tomó en consideración, pasándose acto continuo á discutir sobre la totalidad del artículo, contra el que habló, aunque sin éxito y muy débilmente, el general San Miguel.

Consultada la Cámara, fué aprobado el artículo segundo en votación ordinaria, lo mismo que el tercero, que lo fué sin discusión. Leído el artículo cuarto, se dió cuenta tambien de dos enmiendas y una adición, firmadas, la primera por don Antonio Gonzalez, la segunda por don Santiago Tejada y la última por el señor conde de Torre-Marín.

Concedióse en consecuencia la palabra al señor Gonzalez y empezó un discurso, en el que no solo sostuvo su enmienda, sino que, á pesar de las advertencias del presidente, atacó duramente y con insistencia al gobierno y su política.

Nosotros comprendemos que un proyecto de ley, con el cual no están conformes los hombres políticos llamados á discutirle, sea combatido, y por estos presentado como inoportuno, peligroso y lleno de toda clase de vicios y defectos; comprendemos que se hagan los mayores esfuerzos para demostrar la existencia de estos defectos y estos vicios, al tratarse de la totalidad del proyecto; pero no podremos conceder jamás que una enmienda autorice á ninguno á pronunciar estensos y apasionados discursos, y en los cuales, mas que apoyar el objeto que la motiva, se intenta combatir al gobierno, porque siga una política que no es la del orador que usa, ó mas bien, abusa de la palabra.

La primera parte de la peroración del señor Gonzalez, fué un ataque exagerado contra la nobleza de España; la segunda, una apasionada diatriba contra el gobierno.

Su enmienda, si enmienda puede llamarse un artículo nuevo, opuesto al artículo que se discute, proponía que sean vitalicios los senadores hereditarios; y para fundar su pensamiento, entró en apreciaciones históricas y de actualidad sobre la grandeza española, á fin de deducir que á una clase que ha carecido y carece de importancia social, no debe concederse ninguna importancia política, y que por lo mismo que la nobleza de hoy no es ni mas fuerte, ni mas rica, ni mas ilustrada que las demás clases del Estado, no es lógico que se le acuerde un privilegio y una preponderancia. Si esta proposición fuese absolutamente exacta, si en ella no hubiese tanta preocupación, defecto de las doctrinas políticas que el señor don Antonio Gonzalez defiende, como hay ciegos y apasionado empirismo, seríamos los primeros en reconocer la fuerza del razonamiento; pero el prisma á través del cual vé el señor Gonzalez las cuestiones y los principios políticos y de gobierno, le conduce hasta la exageración, y la exageración nunca ha sido la verdad.

Y esta misma exageración, y por lo tanto falta de verdad, con que apreció la importancia y la significación de la nobleza, predominó cuando se ocupó del gobierno, diciendo, entre otras cosas, que el ministerio ha atropellado por todo, y dirigiendo otros cargos tan violentos y tan aventurados é injustificables como este.

A contestar amplia y cumplidamente, se levantó el señor Nocedal, después de acordar el Senado que se prorogase la sesión por una hora.

El señor ministro de la Gobernación pronunció un discurso brillante, enérgico y correcto, replicando improvisadamente al señor Gonzalez, dirigiendo una merecida y justificada filípica al partido progresista y á los hombres que con su conducta han motivado las palabras *hombres funestos*, que se habían pronunciado en cierta sesión y que ayer hizo suyas, adoptándolas, el señor Nocedal, para ampliarlas y espcializarlas.

Se hizo cargo el señor ministro de la Gobernación de la inconsiderada frase de que el gobierno ha atropellado por todo, y no solo contestó cual cumplía al gobierno, sino que devolvió el cargo, tratando de probar que no este, sino los hombres del 34 y 56 han sido los que han llegado hasta los golpes de Estado, resolviendo en Consejo de ministros las altísimas cuestiones de las Cortes constituyentes y de la derogación de la Constitución del 43.

El señor Nocedal dijo tambien que justamente para evitar los peligros que el señor Gonzalez anunciaba, preparaba el gobierno la reforma y otras leyes, y entró luego en graves é interesantes consideraciones, que destruyeron todos los cargos y los tiros todos del señor Gonzalez al gobierno y á su política. Concluyó su señoría rogando al Senado que no tomase en consideración la enmienda del señor Gonzalez, con lo cual se levantó la sesión á las seis y cuarto.

La discusión de las actas de Almería ocupó ayer la mayor parte del tiempo destinado á las sesiones del Congreso.

Entre los asuntos del despacho ordinario, lo mas importante se redujo á una pregunta del señor Lopez Serrano, acerca del cumplimiento de la ley de 18 de junio de 1856, sobre el ferrocarril de Socuéllamos, Ciudad-Real, á la frontera de Portugal, y una interpelación del señor Gonzalez de la Vega, relativa al ferrocarril del Nor-

te. Ambas quedaron aplazadas, por no hallarse presente el gobierno.

Aprobado el dictamen de la comisión de actas, proponiendo la aprobación de la del distrito de Carayaca, fué admitido como diputado el señor Ródenas, pasándose en seguida á la discusión de las actas de Almería.

La comisión se había dividido en pareceres, proponiendo la mayoría que se admitiese como diputado al señor Martinez Almagro, pasándose al gobierno un tanto de los cargos que aparecian contra la mesa de la seccion de Alhama, para los efectos de la ley; mientras que los señores Navarro Villoslada y Arias, formulaban un voto particular, pidiendo la completa nulidad del acta. Tambien se presentó una enmienda firmada por los señores Nocedal (Don José), Olona y otros, reducida á que, desaprobándose el acta, se admitiese como diputado al señor marqués de Tabuérniga, que era el otro candidato en dicho distrito. Esta enmienda no llegó, sin embargo, á discutirse.

El señor Posada Herrera fué el primero que usó de la palabra en contra del voto particular, esponiendo las ilegalidades cometidas en la seccion de Alhama, no en la de Almería, donde las elecciones se habían hecho con todas las condiciones de legalidad, segun lo reconocian los mismos interesados. Pero los abusos citados por el señor Posada Herrera no invalidaban, á juicio de la mayoría, el resultado definitivo de la elección favorable al señor Martinez Almagro.

El señor Navarro Villoslada se levantó, como uno de los firmantes del voto particular, á sostenerle. Recordó la digna cuanto enérgica conducta observada por el señor marqués de Tabuérniga en la última y memorable sesión de las Cortes constituyentes, sosteniendo el solo, en medio de lo azaroso de las circunstancias que le rodeaban, la prerrogativa de la Corona para nombrar y separar libremente á sus ministros, puesta en tela de juicio por una minoría de aquella Asamblea. Los leales servicios del señor marqués, tanto en aquella época como en otras, le hacían acreedor á ocupar un puesto en el Congreso actual; por lo que pedía, que declarándose nulas el acta y elección del señor Martinez Almagro, se facilitasen al marqués de Tabuérniga los medios de luchar y triunfar en unas nuevas elecciones.

Después de rectificar el Sr. Posada Herrera, se levantó el señor marqués de Tabuérniga para impugnar así el dictamen de la mayoría como el voto particular, esforzándose en demostrar que la información traída al Congreso, y segun la cual en la seccion de Alhama se habían suplantado los nombres de varios electores, no podia hacer fé, porque no se había practicado con todos los requisitos exigidos por la ley. Concluyó pidiendo que se le admitiese como diputado, desechándose ambos dictámenes.

En igual sentido, y apelando á los mismos argumentos, habló el Sr. Martinez Martí, negando la legalidad de la información, y pidiendo que se declarase diputado al señor marqués de Tabuérniga.

Tambien el Sr. Gonzalez de la Vega tomó parte en el debate para defender á las Cortes constituyentes del cargo que las había dirigido el señor Villoslada. Dijo S. S. que en la reunion del 14 de julio no se había tratado de atacar á la regia prerrogativa, y que las que S. S. llamaba Cortes, se habían reunido legalmente y no merecían la severa calificación que de ellas se había hecho en un documento oficial.

El señor marqués de Tabuérniga contestó al señor Gonzalez de la Vega, que él había sido el primero que apellidó *funciosa* á aquella reunion, pero que al hacerlo no ofendió á las Cortes, que no estaban allí representadas, sino que se dirigió á aquella minoría que pretendió usurpar su nombre ilegalmente.

El señor Rios Rosas pronunció asimismo algunas palabras, en igual sentido, respecto á la calificación hecha de la minoría de la Asamblea en el preámbulo del decreto de disolución dado por el ministerio de que S. S. formó parte.

Terminado este incidente se procedió á la votación del voto particular, que fué desechado nominativamente por 90 señores diputados contra 61.

Acto continuo se leyó el dictamen de la mayoría y fué aprobado, tambien en votación nominal, por 89 votos contra 59. En su consecuencia, quedó admitido como diputado el señor Martinez Almagro.

Entrándose en la discusión del dictamen sobre el proyecto de límites entre España y Francia, á hora bastante avanzada, usó de la palabra en contra el señor Egaña, que dos horas antes había jurado su cargo. Segun manifestó S. S., había salido de su casa, todavia convaleciente de una penosa enfermedad, para acudir al Congreso. No obstante su mal estado de salud, el señor Egaña se mostró á la altura de su merecida reputación como orador aventajado, al combatir el proyectado convenio de límites que, en su opinion, perjudica notablemente á los intereses de nuestro país. Protestó de que no era una cuestión de provincialismo ó una simpatía de localidad lo que le había decidido á impugnar el

proyecto presentado por el gobierno, sino una cuestión de nacionalidad, un sentimiento de españolismo, porque el convenio no afecta tan solo al interés de determinadas provincias, sino al de todo el territorio de la Península.

El señor Egaña desconfiaba de obtener un voto favorable de la Cámara, no porque faltarle independencia á los señores diputados, sino por falta de datos en un asunto tan complejo. Así, estaba en el gobierno no hubiera presentado con el proyecto todos los datos y antecedentes necesarios para ilustrar esta cuestión: echaba de menos los tratados anteriormente celebrados entre España y Francia, sobre límites; los planos levantados á fines del siglo anterior por una comisión de ingenieros de ambas naciones; las luminosas memorias que sobre dicho asunto habían escrito personas muy competentes en la materia, y otros muchos antecedentes que el orador fué enumerando, y que demuestran los profundos estudios y especiales conocimientos del señor Egaña. La falta de aquellos documentos es tanto mas lamentable, cuanto que por ellos podrían apreciarse las sucesivas cesiones de territorio que paulatinamente hemos ido haciendo á los franceses, hasta venir á parar en el presente convenio, que es sin duda alguna, el mas perjudicial y oneroso de todos.—El orador siguió enumerando los daños que el proyecto de convenio ocasiona á los pueblos fronterizos y á la España en general, los cuales constituyen un estenso capítulo, desenvuelto con gran claridad y maestría por el señor Egaña; viniendo á resultar, en último término, que por un millón de toesas cuadradas de terreno español, damos á nuestros vecinos nueve millones de toesas.

Hoy aguardamos la continuación del notable discurso del señor Egaña, que ayer tuvo que dejar pendiente por lo avanzado de la hora y por hallarse bastante fatigado el orador.

Dícese como seguro que hoy se pedirá á las Cortes, por el gobierno, la anunciada autorización para plantear la ley de imprenta. Si esto es cierto, demostrará lo que ya hemos dicho al ocuparnos de este pensamiento, que todavia nos resistimos á creer.

Son ya muchas las licencias concedidas por el Congreso á individuos de la Cámara, que han solicitado permiso para ausentarse de la corte, unos por motivos de salud y los mas por asuntos importantes que reclaman su presencia en sus localidades respectivas.

No ha dejado de extrañarse, dentro y fuera del Congreso, esta impaciencia de algunos señores diputados por trasladarse á las provincias, cuando aun no se han cumplido dos meses desde que se abrió la legislatura, cuando las Cortes van á ocuparse de cuestiones de la mas alta trascendencia, y siendo así que se anuncia como próxima la suspensión de las sesiones.

Como todo se comenta, de todo se murmura, y á todo se pretende aplicar un criterio uniforme, las gentes que de política se ocupan han hallado una clave para resolver este que parece enigma incomprensible. Suponen que todos ó la mayor parte de los señores diputados á quienes de cuatro días á esta parte ha entrado la comazon de viajar, lo hacen por adoptar un término medio en la dura alternativa de sancionar con su voto ciertos proyectos que deben someterse dentro de poco á la aprobación del Congreso y que juzgan inoportunos é inconvenientes, ó negarles su apoyo declarándose en abierta hostilidad con el gobierno, al que son y quieren seguir siendo adictos en interés de la union de su partido.

Nosotros no sabemos nada: referimos lo que se murmura, y hasta que tengamos noticias mas positivas, nos abstenemos de todo comentario.

Se proyecta una reunion de periodistas para abrir una gran suscripción con el objeto de hacer una edicion monumental de todos los discursos que se pronuncian contra el proyecto de ley de imprenta. Esta edicion se repartirá á todos los suscritores, y no bajará de cien mil ejemplares.

El proyecto de minas leído en el Senado por el ministro de Fomento, tiende á fijar los derechos de las sociedades que se formen y á la facultad de demarcar las pertenencias con ciertos requisitos, reformando algunos de los artículos de la antigua ley, y exigiendo el 5 por 100 del producto total; y á exigir dos millones de depósito al hacer el denuncia para la formación de las compañías mineras.

El conde de Reus ha debido llegar ayer á Aranjuez para salir hoy 25 con su joven esposa, en direccion á París.

En las segundas elecciones verificadas en el distrito de Ciudad-Real ha sido por fin elegido diputado á Cortes el señor don Dionisio Gainza, director de establecimientos penales.

El Sr. D. Tomás Lignés y Bardaji, director de política del ministerio de Estado, ha sido nombrado por S. M. mayordomo de semana.

Vamos viviendo. Hay personas que chupan por todos lados y de todas las situaciones,

Ha sido nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la confederación argentina de Madrid, el doctor Alberdi; el mismo que vino hace poco tiempo á esta corte y llevó á cabo con el gobierno español el tratado de reconocimiento y amistad que acabamos de celebrar con aquella república. El doctor Alberdi no debe llegar á Madrid hasta que sea portador de la ratificación del tratado por parte de su gobierno.

cuya formación concurrieron todos los partidos, a la que me he referido ya. Se dice que la Constitución se puede alterar, modificar o reformar por una Cortes ordinaria y sin que para ello se requiera Cortes constituyentes, porque en todos tiempos el Congreso y el Senado, con el rey, son bastantes para ello. Quisiera ocuparme en el elogio a que aquellas Cortes se hicieron acreedoras, pero solo diré que convocadas después de los acontecimientos de la Granja, se dijo sobre ellas la atención de toda Europa; que habiendo presentado en sus primeras sesiones una ley de imprenta, ni aun se le concedió el honor de que pasara a las secciones; que al presentarse el proyecto de Constitución, se omitió en el todo lo que hacía relación al modo de reformarla, lo cual dio lugar a que se presentasen dos adiciones que voy a tener el honor de leer al Senado.

La primera fue para que al final del art. 12 se dijese: (Leído). Aquí tiene el Senado en pocas palabras plantada la cuestión de poderes especiales de Cortes constituyentes. La otra adición estaba concebida así: (Leído).

Señores, abierta discusión sobre estas adiciones, inauguró el debate el honorable señor Argüelles. S. S. trató de probar la conveniencia de que las Cortes fueran las que reformaran la Constitución; y entre otras cosas notables, adujo S. S. la contestación dada a las célebres notas del año 23, siendo ministro de Estado el Sr. San Miguel, en las que era entrado como primer término la dignidad del decoro nacional, ofendida por la intervención de Cortes extranjeras. Pero donde, en mi concepto, estuvo S. S. más previsto fue en la cuestión de poderes especiales. Dijo S. S. que no convenía que la reforma de la Constitución se hiciera por esos poderes especiales. En este mismo sentido hablaron otros señores, cuyos nombres acabo de leer.

Señores, si se quiere dar a entender con esa cláusula que el artículo relativo a las condiciones para ser senador es menos importante que los demás de la Constitución, mejor era, para evitar dudas, consignar lo que dice la Constitución del 37: «Para ser senador se necesita ser español, mayor de treinta y cinco años, y tener las condiciones que la ley establezca y fijar estas condiciones en una ley. Entonces la Constitución queda más segura, más libre de movimientos.

No se crea que yo profeso el principio de que las constituciones dadas reformarse a cada paso; en mi concepto, las reformas las trae el tiempo y las circunstancias políticas. La Cámara alta llevada a las Cortes de Cádiz, hubiera sido un contrasentido. Hoy hemos hecho conquistas, y conquistas importantes que es preciso conservar; entre ellas la igualdad civil, porque en el día todos los españoles contribuyen a sostener las cargas del Estado, todos están sujetos a las mismas.

La igualdad política, señores, es un absurdo, y por eso aquellas mismas Cortes no confirieron los derechos políticos a todos los españoles, sino a la inteligencia. La cámara que por el proyecto del gobierno se trata de establecer, es una cámara conservadora, no una cámara privilegiada.

Por lo tanto, yo creo que el mantenimiento de esa cláusula puede dar lugar a disensiones. Abracemos el principio que he sostenido, y que está en todas las banderas. No se concibe cómo se convocaron las Cortes constituyentes. Si se quería adicionar, reformar la Constitución, dentro de la misma Constitución había medios para ello.

Por lo tanto, ruego al gobierno y a la comisión que acepten mi enmienda.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA Seijas Luján: Señores, creo que el Sr. Armendariz no ha llevado otro objeto al presentar su enmienda que hacer una manifestación de sus doctrinas, que por otra parte, son bien conocidas, como buenas y como del partido moderado.

Yo he escuchado atentamente el discurso de su señoría y no he hallado una razón para convalidar su enmienda. Su señoría dice que debe guardarse la cláusula final del artículo 15. Esa cláusula viene ya desde el año 45. Por lo demás, podrá argüirse al gobierno actual que a la comisión de estar animados del mismo espíritu que animaba a los autores de las adiciones a la Constitución del 37.

Que es un hecho que ese principio se consignó en aquella constitución, lo demuestra la repulsa que la comisión hizo de las dos adiciones que he leído el Sr. Armendariz. ¿Cómo era posible que las Cortes constituyentes de 1837 consignaran ese principio, por más que estuviera en la conciencia de los hombres que la componían? Si se consiguiera, fue de una manera indirecta, y ese fue uno de los motivos que tuvo el gobierno de 1845, para proponer la reforma de la constitución tal cual hoy tiene; para evitar ese divorcio que debía ocasionar entre la corona y el pueblo. Para concretar el Sr. Armendariz su pensamiento, conforme con la enmienda, debía haber demostrado que la cláusula final del artículo 15 de la constitución actual y el proyecto presentado por el gobierno, renvolvían siquiera remotamente la idea de reconocer esos poderes especiales, que los hombres de mis ideas llamamos viciados. Esos poderes de ningún modo pueden ser erigidos en principios.

Si S. S. pregunta qué significa esa cláusula que dispone que puedan variarse por una ley las condiciones para ser senador, le diré que significa que los hombres de gobierno, cuando no se está en esos períodos fabrilmente en que todo es inestable, procuran que las constituciones se afirmen y radiquen, porque solo con esa estabilidad pueden las naciones prosperar y desarrollarse. Por eso aquel ministro trató de dar todos los caracteres de estabilidad a aquella constitución, y considerando que las circunstancias para ser senador no podían ser fijas, consiguió lo que pudieran variarse por una ley. De ese modo, el día que haya que hacer una variación en las condiciones de los que han de ser senadores, no se alterará por eso la Constitución. Y en efecto, los mismos que firmaron la Constitución de 1845, no han dicho que entonces había inconvenientes insuperables para establecer en ella el principio hereditario que formase parte de esta cámara. ¿No dicen hoy con gran palio, que ha llegado el caso de dar entrada a ese principio en el Senado, y que puede hacerse, sin alterar la ley fundamental?

Pues bien, yo digo: el proyecto de ley que hemos presentado señala una renta para todas las clases que, tanto por derecho propio como por nombramiento de la corona, vengan a este cuerpo, y el Sr. Armendariz no puede dejar de reconocer que en el desenvolvimiento de las naciones europeas, esa renta dentro de veinte años será mezquina. Hoy que se han desvinculado los bienes que están amortizados por la ley civil, como se ha de exigir la gran renta que en otro caso exigiríamos a los grandes de España? Sin embargo, luego que el principio nobiliario se desenvuelve, habra indudablemente necesidad de subir la renta, por que los 200,000 rs. que se exigen podrán no ser una renta bastante fuerte para servir de apoyo a una de las instituciones del país, y habra que ensancharla, viéndolos precisados a tocar la constitución política. Comprendiendo, pues, el Senado, que los legisladores de 1845 fueron muy previsores cuando pusieron esta cláusula, que el gobierno no ha podido menos de respetar.

Los señores Armendariz y ministro de Gracia y Justicia rectificaron, y dijo:

El Sr. PRESIDENTE: Queda retirada la enmienda. Leída la adición del señor Calonge al art. 15, estaba redactada en los términos:

(Leído). La honra de proponer al Senado se sirva admitir, después de la categoría de los presidentes de los tribunales supremos y vice presidentes del consejo real que puedan ser elegidos senadores, la siguiente adición:

«Mariscales de campo que hayan mandado ejércitos en jefe o servido durante dos años capitán general de provincia.»

En su apoyo dijo:

El Sr. CALONGE: Voy a ser breve en la adición que he leído. El fin de la presente. Único representante aquí de la clase de mariscales de campo, que, después de haberse a la benignidad de S. M., lo desempeñan en gran parte por su categoría militar, tenía el deber de someter esta adición en favor de una clase que no ha encontrado cabida en el proyecto de reforma. Nombrado senador por haber sido elegido más de tres veces diputado, exigirme la ley una renta de 30,000 rs. que no podía reunir con mis escasos bienes de fortuna, y tuve que reunir para probarla el sueldo que recibí del Estado en recompensa de los escasos servicios prestados durante treinta años a mi Reina y

a mi patria. En este caso que yo, se halla en pocos señores senadores; porque si algunos mariscales de campo se sientan aquí, son grandes de España o títulos de Castilla, que tienen de bienes propios la renta que exige la ley, o acaso mas.

Da aquí nace la necesidad de haber hecho una adición, en cuyo apoyo hay razones graves y de alta conveniencia: no siendo la primera vez que se trata el objeto que me propongo, toda vez que se debió adoptar por una mayoría de cinco votos solamente, y eso que entonces se trataba en la comisión desechada de dar un derecho a toda clase de mariscales de campo, y cuando el trámite era difícil, porque se pasaba de un Senado popular y amovible, a uno vitalicio y de nombramiento real.

Ahora, señores, las circunstancias son distintas; y además yo no propongo que sean elegibles mas que los mariscales de campo que hayan mandado ejércitos, o servido durante dos años capitán general de provincia, no dándoles tampoco un derecho propio, sino el de que puedan ser elegidos.

Yo me prometo, señores, que esta adición tendrá el apoyo del gobierno de S. M., y mas especialmente el del señor presidente del Consejo, que en otra ocasión defendió la clase de mariscales de campo en su totalidad.

El empleo de mariscal de campo es el término por el cual se designa a una carrera larga y difícil, porque los de teniente general y capitán general no son mas que la coronación, por decirlo así, del edificio militar, y no es justo correrles la entrada en este cuerpo, cuando se deja abierta para todos los que en las demás clases llegan a la última escala de su carrera.

También hay algunas categorías entre las incluidas en el proyecto que tienen un sueldo menor al de los 20,000 reales asignados como tipo de la independencia y de la conciencia irretratable; y precisamente los mariscales de campo, cuya elegibilidad propongo, tienen 45,000 reales, lo que es lo mismo, una tercera parte mas de independencia presumible de lo que la ley exige.

Se concede también el derecho de ser elegibles senadores a los señores ministros de la corona, que, como ha sucedido, pueden serlo solo por espacio de veinte y cuatro horas, y el caso no sería nuevo, que pueden serlo sin haber prestado servicio alguno anteriormente al Estado.

Si todas estas consideraciones de justicia estricta, de conveniencia comparativa, no convencer al Senado para que admita mi enmienda, yo concibo rogando a mis compañeros de armas me dispensen la inusitada con que los he defendido, y al Senado que me haya tomado la libertad de molestarlo.

El señor ministro de la GUERRA (marqués de la Constancia): El Senado comprenderá que voy a contestar al Sr. Calonge con alguna desventaja. Su señoría ha hablado con toda la libertad que permite el banco encarnado, mientras que yo tengo que hacerlo con todas las restricciones que impone el banco negro.

Yo, señores, me enorgullezco tanto como S. S. con los grandes hechos antiguos y modernos de la clase de señores mariscales de campo. Soy el primero en reconocerlos y acatarlos; pero el señor Calonge comprendió que si se admitiese la adición que acaba de sostener, podrían otras clases de la sociedad reclamar, con justicia, igual derecho. El gobierno, reconociendo los servicios de todas ellas, pero precisado a fijar un límite, ha creído lo que debía incluir tan solo a las dos categorías superiores de todas las carreras del Estado; porque esto es lo que exigen el orden y la justicia.

Por lo demás, el señor senador ha tocado tantos puntos, que con dificultad podrá seguirle: sin embargo, procuraré hacerlo en lo que pueda, con arreglo a los apuntes que he tomado.

Decía S. S. que a los mariscales de campo que han servido dos años capitán general de provincia o direcciones de las armas, o han sido ministros del tribunal supremo, se les señala en situación de cuartel el sueldo de tenientes generales. Evidentemente, es un decreto dado por el último monarca el señor don Fernando VII, en consideración a los eminentes servicios que se prestan en esos cargos, y a la dignidad de las personas que los desempeñan; decreto que encuentro justo, justísimo. Pero la gerarquía militar ha variado por eso? No, señores, porque en esta carrera hay empleos, hay clases que, ya tengan empleo o no, representan un lugar dado. El general que ha mandado dos años en provincia, cuando vuelve a situación de cuartel, manda acaso a tenientes generales, a mariscales de campo? No, señores, así lo entiende el gobierno.

Dijo S. S. que el año 15 se había formulado una proposición dirigida a admitirlos a todos. Entonces era yo senador; y si no estoy equivocado, lo que hubo fue una proposición en el Congreso bajo ese mismo aspecto; pero aquí he limitado la misma a una cosa parecida a lo que propone el Sr. Calonge. La proposición de enmienda, la hizo el señor duque de Valencia, actual presidente del consejo de ministros. Aquel Senado era electivo, y sin embargo, a pesar de eso y de la mortandad que ha habido en este cuerpo, voy todavía delante de mí muchos senadores que lo eran entonces. Tales consideraciones habrán tenido algún fundamento y podrán tomarse en cuenta.

Dice también el señor senador a quien contesto, que se ha creído mas obligado a abogar por la clase a que pertenece, por considerarse aquí casi el único de ella. Creo que ha dicho eso S. S.; si no es así, espero lo rectifique.

Mas que en otra profesión, en la nuestra hay, por su índole, muchos generales que reúnen a la cualidad de tales otras muchas que les abren las puertas de este cuerpo. Los grandes de España que son mariscales de campo, no se sientan aquí y aumentan el número de generales? Los que han sido diputados, como S. S., lo toman también a cuenta de este sitio? Los títulos de Castilla que pagan cierta contribución que la ley señala y son mariscales de campo, ¿no tienen igualmente entrada? Por consiguiente, yo creo que en el proyecto no se desaira a la clase, ni se falta a la consideración que merece.

Por todas estas razones, ruego al Senado se sirva no tomarla en consideración.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Valencia): Señores, antes de depositar mi voto en la cuestión que se debate, desearé dirigir algunas palabras a los señores senadores para explicarles por qué me opondré a la proposición del señor Calonge.

Applaudí mucho el celo que le ha guiado en la defensa de la litura clase de mariscales de campo. He oído con el mayor gusto la relación que ha hecho de los servicios que han prestado y pueden prestar en todas ocasiones. Estas mismas consideraciones me movieron en el año de 1845, cuando se hizo la constitución que nos rige todavía, para pedir que tuviera entrada en el Senado los mariscales de campo. Sostuve esta cuestión en el Congreso de los diputados y también en el Senado. En el Congreso fui de opinión que todos los mariscales de campo debían tener derecho a ser nombrados senadores; pero sinceramente creía que esta distinguida clase era digna de aspirar a este honor que disfrutaban otras varias del Estado.

En el Senado me reduje a defender la entrada en él de los mariscales de campo que hubieran desempeñado o se hallasen desempeñando las direcciones de las armas y las capitánías generales. No fui por cierto afortunado: el Senado resolvió otra cosa; el Congreso hizo lo mismo; y yo, como siempre, respeté su fallo. Por lo tanto, aun cuando tenga hoy la misma opinión respecto de esta alta clase, aun cuando la profese el mismo modo idénticas consideraciones, aun cuando, si yo no fuera ministro y estuviera sentado en el banco del señor Calonge, me habría expresado así, y habría podido gestionar siempre en favor de aquella clase, como todos los senadores tienen facultad de gestionar y pedir lo que crean conveniente; aun cuando hubiera podido hacer todo eso, es necesario convenir en que, como presidente del Consejo de ministros, como miembro del gobierno, es para mí mas atendible, es necesario indispensable, respetar el fallo del Senado y lo decretado por las Cortes.

Respecto a los mariscales de campo, yo no podía venir aquí con una cuestión nueva, porque valdría tanto como hacer una variación en la constitución del Estado, introviendo en el Senado una clase que no tiene ingreso en él. Y como el gobierno no se propone variar la ley fundamental, sino ciertas calidades de las clases llamadas a ingresar en el Senado, yo tengo que oponerme a lo propuesto por el Sr. Calonge; tanto mas, cuanto que, obrando de otro modo, no solo no

respetaría, sino que me pondría en contradicción con lo que sobre este tiene decretado y resuelto este alto cuerpo. Estas y otras altas consideraciones de gobierno que hemos tenido y que para mí pueden mucho mas que las que ha espuesto el Sr. Calonge (pues aun cuando yo las tengo en el corazón, antes que las personas son los altos principios de gobierno), me han impulsado a conformarme con la reforma propuesta. Por estas mismas razones, sin olvidar en nada mis antecedentes, sino disminuí en la mas mínimo mis sentimientos ni mi afección en favor de la clase de mariscales de campo, daré mi voto de apoyo al proyecto del gobierno.

El Sr. CALONGE: Doy gracias al señor presidente del Consejo de ministros por la benevolencia con que ha tratado a la clase de mariscales de campo, y por los sentimientos que hacia ella le han animado. Comprendo su posición como jefe del gabinete, y la respeto.

Sin mas debate, preguntase a la comisión si aceptaba la enmienda, y habiendo el señor duque de Rivas en su nombre contestado que no, hízose al Senado la oportuna pregunta respecto a si la tomaba o no en consideración, siendo negativa el acuerdo.

El Sr. PRESIDENTE: Terminada la discusión de las enmiendas y adiciones, se va a entrar en la del artículo.

Acto continuo leyóse dicho artículo, o sea el 15, y dijo:

El señor duque de SAN MIGUEL: Tengo el escripto o duda de si estando mis observaciones a este artículo fundadas en las mismas razones que han alegado los autores de las enmiendas presentadas, tengo o no derecho para hacerlas; y quisiera que el señor presidente...

El Sr. PRESIDENTE: Puede V. S. hacer cuantas reflexiones, observaciones y argumentos crea del caso, relativamente al artículo.

El señor duque de SAN MIGUEL: En tal concepto digo, señores, que no me han convenido las razones hasta ahora alegadas, 1.º para que los títulos de Castilla hayan de tener 10,000 rs. mas de renta; y 2.º para que a los tenientes generales se les exijan dos años de nombramiento del mismo modo que a los embajadores, y cuatro años los ministros plenipotenciarios, pues esto no añade en mi concepto ningún nuevo valor a sus calidades para el cargo senatorial. Creo que esto no se ha hecho mas que por hacerse, por poner trabas; y repito que las razones alegadas no me han satisfecho; no sé si la comisión o el gobierno darán ahora otras nuevas que me convenzan.

El Sr. HUEL: Si las razones alegadas anteriormente por los individuos de la comisión no han convencido al señor general San Miguel, mal podrá yo aconsejarle de poder convencerle. ¿Por qué (nos pregunta) se exige mayor cantidad a los títulos de Castilla? Ya se ha dicho, señores, que esto es para enlazar a esa clase, y para enlazar al Senado, y que por eso se exigen a todas las demás clases circunstancias, ciertas condiciones que antes no se exigían; procurando, entre otras ventajas, dar a los señores senadores toda la independencia que deben tener hasta contra el ministerio, pues mientras mas se eleva su posición, mas independiente será su voto.

¿Que tiene de extraño el que a los títulos de Castilla se exija esa cantidad, cuando va la riqueza variando por efecto de las circunstancias, y cuando tal vez dentro de poco será necesario aumentar la cuota.

En cuanto al número de años que se exige, no creo que tal circunstancia sea rechazada por el señor duque de San Miguel. La idea no es nueva: la hemos tomado de la reforma de la Constitución francesa cuando ocurrió la revolución del año 39, habiéndose determinado allí, donde tanto prestigio goza la clase militar, el número de años que había de contar un general en el cargo para ser nombrado jefe de Francia. No hay, pues, ofensa alguna en esto.

Ha dicho el señor San Miguel que introduciendo trabas, y así, es. Son verdaderas trabas puestas a la corona para el nombramiento de senadores; pero no lo es para la clase elegible, toda vez que se han ideado con el único fin de aumentar la dignidad del que sea honrado con la investidura de senador.

Por estas y las demás consideraciones anteriormente espuestas, y que escuso reproducir, creo que el Senado se dignará dar su aprobación al artículo que se discute.

Sin mas debate, preguntóse si se aprobaba el artículo 15, y con tal motivo pidió la palabra para votar, y dijo:

El Sr. REY: Las ocupaciones de mi cargo oficial me impidieron asistir a las sesiones en que se trató de la adición presentada por el señor Vazquez Queipo; y como he visto después que se cambia en nata la senaduría vitalicia de los presidentes del Tribunal Supremo de Justicia y del de Guerra y Marina, se me ha ocurrido la duda de si el gobierno habrá considerado que no hay mas tribunales supremos que estos dos. Entretanto, como quiera que por la ley de 18 de agosto de 1851, se le da al Tribunal de cuentas la categoría de supremo para los efectos prescritos en el artículo 5.º de la Constitución, creo que debo preguntar si con lo que el Senado va a votar queda derogado o modificado lo que dice el artículo 2.º de esa ley. Yo no lo creo, pues bien conocidas son las altas y estensas atribuciones del Tribunal de cuentas, y que está rodeado de todo el prestigio necesario para el buen desempeño de las mismas. Pienso, pues, que lo acordado por este cuerpo colegislador relativamente a la adición del señor Vazquez Queipo, no afecta a las prerrogativas del Tribunal de cuentas; pero eso no obstante, me parece conveniente una aclaración.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Valencia): Señores: si el señor senador que acaba de hablar hubiese dicho al gobierno la pregunta que ha apoyado con su discurso, pudiera haberse ahorado el trabajo de explicar los fundamentos que ha espuesto para que se considere como tribunal supremo al Tribunal de cuentas. Eso es lo que creo el gobierno, y no lo he pensado otra cosa, porque está espresamente determinado en la ley. Se llama a los presidentes de los tribunales supremos para que puedan entrar por esas puertas, según el proyecto de reforma que he hoy presentado, de la misma manera que ha sido aceptado por la comisión, y que estaba determinado anteriormente. Pues bien, presidentes de tribunales supremos son los que señalan las leyes; y como no estas comprenden en alta categoría al tribunal mayor de cuentas yo creo que el señor senador quedará satisfecho; y antes lo hubiera quedado si se hubiese limitado a pedir la aclaración, sin limitarse a la molestia de pronunciar su discurso.

Acto continuo, preguntóse si se aprobaba el art. 15, y el acuerdo fue afirmativo.

Igualmente fue aprobado sin discusión el art. 16.

Leído el art. 17, dióse también lectura a dos enmiendas y una adición al mismo, concebidas en los términos siguientes:

Enmienda 1.ª.—La dignidad de senador será vitalicia, y en ningún caso hereditaria.—Palacio del Senado, 12 de junio de 1857.—Antonio González.

Enmienda 2.ª.—La dignidad de senador en los grandes de España, será hereditaria, desde que estos funden, en la forma que se determinará por una ley especial, un varazgo sobre bienes patrimoniales que produzcan una renta anual de 100,000 rs., y siendo a los grandes de España que lo sean al publicarse esta ley; y de 200,000 respecto a los que obtengan esta dignidad después de la publicación de aquella.

Una ley fijará las condiciones necesarias para obtener en adelante la grandeza de España.—Madrid 19 de junio de 1857.—Santiago de Tejada.

Adición.—Lo prescrito en este artículo y en los tres que lo antecedan, se verificará desde luego respecto a los senadores actuales y hereditarios, y sucesivamente en los vitalicios que vayan siendo nombrados, para que en concurrencia con los actuales, se proceda legalmente a la nueva organización del Senado.—Palacio del Senado, a 13 de junio de 1857.—El conde de Torre Marín.

El Sr. GONZÁLEZ: Señores, mi enmienda es de oposición directa al proyecto presentado por el gobierno. La importancia que para mí tiene este artículo, no es política, es moral; y debo añadir, que siendo a otras medidas y a la conducta que tiene el gobierno, creo que dicho artículo es perturbador y alarmante para la sociedad. Por lo que toca a la senaduría hereditaria, no propongo demostrar que este proyecto será estéril en resultados.

¿Qué debe hacerse en una sociedad, cuando se trata de constituir el elemento sobre que descanse? Buscar

los elementos de verdadera importancia social, para que concurran a la importancia política.

No molestaré mucho al Senado haciendo una larga escursión por la historia: me contentaré solo a su espíritu. En el siglo X, cuando el clero era ilustrado, cuando el gobierno tenía necesidad de sus luces y apoyo, ese clero era un elemento importante, siendo precisamente su importancia la que le dio representación política. En los siglos XI y XII, los guerreros que aquí han conquistado territorios empezaron a tener importancia social, y por consiguiente, también la tuvieron política. En los siglos XIII y XIV, las artes, la industria, la agricultura y el comercio dieron importancia a la población de las ciudades, y esa importancia las conduco a la importancia política. Y véase en todas situaciones a la importancia política siguiendo a la importancia social. Estas son verdades indudables que se desprenden del espíritu de la historia.

Eso mismo sucedió en Inglaterra. Tratando el monarca de conculcar las leyes y de gravar la propiedad excesivamente, el poder feudal, que era entonces invencible, arrancó con las armas en la mano la carta magna que se llama de Juan Sin Tierra, la cual asegura los derechos de la Inglaterra. Allí, como en España, tenían los señores la importancia social, y podían por lo tanto darse la importancia política.

Resúame ahora examinar la importancia social que tienen los grandes de España, debiendo antes advertir que retiro cualquier palabra que pudiera ofenderlos, porque está muy lejos de mi intención el ofenderlos. Pregunta yo: ¿van los grandes de España a la guerra? ¿Hacen sacrificios de gran importancia que les obliguen en circunstancias distintas de las demás clases de la sociedad? Pues bien: si ya no tienen los elementos que los constituyen en otro tiempo en circunstancias distintas de las demás clases, ¿por qué se les quiere dar esa preeminencia política? Dirá el gobierno: porque era necesario elevar una clase para dar fuerza a este cuerpo y al gobierno. Es un error. Y esto me hace recordar que de esa manera pensaban los políticos de los siglos XVII y XVIII, y eso dio lugar a las revoluciones y calamidades que se sucedieron. Aquellos políticos consideraban al hombre aislado, y una vez considerado como ser libre e independiente, se le concedían todos los derechos en la Constitución del Estado.

Yo no soy partidario de esa escuela, que ha sido costosa para la sociedad; no hay mas que recordar los sucesos de Francia para conocer los grandes errores que se cometieron bajo la influencia de sus principios. Tampoco soy partidario de la escuela histórica: unos y otros no han debido desentenderse de la sociedad. Ese proyecto de ley viene a constituir un principio fundamental, y es preciso saber si es útil con relación a la sociedad y a la situación en que esta se halla.

Si esto es así, no debemos olvidar los hechos tales como se presentan, y como los debemos apreciar: no se conoce evidentemente que la grandeza de España carece hoy de las condiciones necesarias para constituir esa importancia social y política. Yo me alegraría, ya que desgraciadamente no la tiene.

En el día los grandes de España no pueden tener mas consideración que la inherente a un gran propietario, porque está en las mismas condiciones, sin ningún privilegio. La grandeza, como clase, carece de fuerza y de elementos para sostenerla, y no es fácil que pueda prestar a esta cámara lo que ella misma necesita.

Aquí hay cuatro o cinco capitales generales de ejército, que han adquirido dignamente la representación que tienen, y no han tenido por motivo de la grandeza, sino que se han elevado a esa altura por sus servicios, por sus méritos, siendo por lo mismo justo que tengan esa importancia social. Yo no soy partidario del gobierno militar, pero no de lo que se conoce que en las situaciones de fuerza son necesarios los militares, y justo es que cuando prestan grandes servicios tengan la importancia política que se les da; pero los grandes de España carecen de esa importancia política, y por otra parte, no tienen mas riqueza ni influencia que las demás clases del Estado, para que como clase se les quiera dar ahora esa importancia política.

Por otra parte, se exigen 10,000 duros de renta a los que hayan de ser hereditarios, y pocos habrá que puedan optar a ese derecho, después de las vicisitudes por que han pasado.

Según la Guía de forasteros, existen de sesenta a setenta grandes de España, y de estos hay muchos que no tienen posibilidad de fundar un mayorazgo de 200,000 rs. de renta. Hay otros que tienen esa renta, pero que no quieren fundarlo, porque el amor de su familia no les permite beneficiar a un hijo con perjuicio de los demás; de suerte que escasamente habrá una doteña que opten al derecho que se les concede; y por esta razón, la fuerza al gobierno, ni prestigio a la alta cámara? Siguientemente que no.

Por otra parte, esto no puede menos de producir una gran perturbación en varias clases de la sociedad. Entre estos se encuentran muchos títulos de Castilla, tan ilustrados como la grandeza, y que tratándose de adoptar el principio de la aristocracia de sangre, pueden alegar tantos méritos y servicios como la grandeza, y sin embargo, en el proyecto no se les da el mismo derecho.

Si a la voluntad del gobierno le queda el derecho de elegir senadores a los individuos de tal o cual clase, sean grandes o títulos, ¿qué necesidad hay de establecer el principio de la herencia? Ninguno absolutamente, pues además de causar de ese modo una perturbación en la familia, se origina otra grave mal: el de que se crea que ese es el principio para volver a establecer la amortización civil.

Pero se ha querido lisonjear pasiones y opiniones, y apartar a ciertos hombres de la escena política. Esto no ha de traer grandes males, como nos los trae la conducta seguida por ministros anteriores, según lo aseguró el señor presidente del Consejo de ministros. Aquí mismo se ve a la intolerancia seguida por el gobierno; se nos muestran las elecciones, en el proyecto de ley de imprenta sometido al otro cuerpo, y en otras muchas cosas; y no ve el gobierno detras de esto el peligro que le amenaza. ¿A no observamos que apenas hay mas que una opinión política, y otra que, aunque legítima, está reducida a un corto número? No hemos visto los manejos que se han empleado en las elecciones, como también el espíritu que domina en el proyecto de ley de imprenta? Sobre todo, donde veo toda la importancia del dictamen que se discute, es en la reforma de los reglamentos, de lo cual me ocuparé oportunamente.

Desee, en cumplimiento del juramento que todos hemos prestado, que se observe rigurosamente la Constitución, seguro de que su inobservancia nos ha de conducir a graves peligros. Quiero que la facultad de legislar resida en las Cortes con el rey; y que el gobierno no legisle por decretos, ni imponga contribuciones sin estar facultado para ello. Quiero asimismo que por medio de una ley se aumente la fuerza del ejército, y se levanten empréstitos, porque así lo previene la Constitución. Quiero, en una palabra, porque es nuestra defensa, que se siga la senda constitucional, pues por otro camino no hay mas que peligros, que nos harán caer en un abismo, y al gobierno antes que a nosotros. El Senado me permitirá que, apoyándome en la autoridad del señor presidente del Consejo de ministros, que nos manifestó días pasados que los errores de ministros anteriores nos habían conducido a los acontecimientos que se refieren; el Senado, repito, me permitirá que, apoyándome en esa autoridad, que ha derramado su sangre por la causa de la libertad, tenga confianza en S. S. y en sus compañeros de que el sistema representativo no perecerá en sus manos.

Si a pesar de haberle presentado los peligros a que puede verse espuesto, se deja llevar por influencias, y permite que levante la cabeza la reacción, que es la que puede hacer guerra a S. S. para arrastrarle esa puesto, y ahogar la causa de la libertad mas tarde o mas temprano, me temo en un principio que solo podrá evitarse variando de conducta. Antes de concluir, y para recomendar a las consideraciones que reconozco del Senado cuáles son las consideraciones que reconozco la marcha arbitraria de aquellos gobiernos, que usurpando las atribuciones de las Cortes legislan por medio de decretos, que no tratan de dar estabilidad a las corporaciones del Estado, y por fin que todo lo ponen en un estado de perturbación, les anunciaré los peligros que han corrido en otros naciones los hombres que han observado la misma conducta.

Recordérase la época de Jacobo II de Inglaterra; época triste en un sentido para aquel país, pero favorable en otro. Entonces se imponían contribuciones, se

gastaba el dinero del tesoro público, se cometían los mayores desastrosos, quebrantando la Constitución y las leyes, y el resultado de esa marcha fue que los padres, unidos a los diputados, tuvieron que escribir la dinastía de Jacobo II y llamar a doña María y al príncipe de Orange, viéndose además precisados a escribir una carta de derechos, en cuyos artículos se refieren a las infracciones cometidas. Y para que se viera la semejanza que hay entre los puntos que he indicado, y los que contenía aquella carta, me permitiré el Senado que los lea. (S. S. leyó) Pues bien: para buscar remedio a estos males, es necesario reunir con frecuencia los parlamentos.

El Sr. PRESIDENTE: Advierto a V. S. que está haciendo un discurso de política general cuando debe limitarse a apoyar su enmienda, sujetándose a lo que previene el reglamento.

El Sr. GONZÁLEZ: Voy a concluir, señor presidente; voy a concretarme a mi enmienda. Digo, pues, que la marcha del ministerio no es la que conviene, y que debemos huir de ella; no obstante que aquí no militan las mismas razones que militaban según el documento que acabo de leer, pues aquí tenemos una reina esperada y querida de todos. Sin embargo, llamo la atención del gobierno para que retire el artículo, porque no solo perturba a la clase nobiliaria y a sus familias, sino que es enteramente inútil para el objeto que el mismo gobierno se propone.

El Sr. PRESIDENTE: Habiendo trascurrido las horas de reglamento...

El Sr. GONZÁLEZ: Dos palabras, señor presidente. Ruego al Senado que permita al gobierno contestar en el acto al Sr. González, aunque sea ligeramente, pues no puede dejar pasar sin contestación ciertas calificaciones de su señoría, y conviene por otra parte que los que lean su discurso de hoy lean al mismo tiempo la respuesta.

Preguntado el Senado si se prorrogaría la sesión por una hora, o mientras hablase el señor ministro, lo acordó así.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN (Núñez): Difícil me sería empezar mi discurso de otra manera que dando las gracias al Senado por la deferencia que acaba de darme el gobierno. Cumplido este deber, paso a hacerme cargo del discurso del Sr. González; y lo primero que debo desear es que la enmienda de su señoría no sea tal enmienda, porque S. S. ha sustituido un artículo con otro que no es nuevo; y por consiguiente, debió en todo caso pedir la palabra en contra, para combatir el artículo cuando se llegase a su discusión. ¿Entonces, dice S. S. Si tal modo de enmienda, equivale a corregir los vicios de un hombre mandándole, o los defectos de una población destruyéndola. De ese modo se eternizan las cuestiones, y se da lugar a que se falte al reglamento.

Al tratar de la que S. S. llama enmienda, nos ha hecho un discurso de política general, viniendo a no viciarse a cuanto sus observaciones, sin reparar que esto no lo permite el reglamento, proponiendo, a pretexto de la tal enmienda, la supresión de un artículo. Ya que el señor González lo ha hecho así, el gobierno clama a sus argumentos la contestación mas cumplida.

Dice S. S. que cuando se quiere marchar como marcha el actual gobierno, «se atropella por todo.» ¿Qué es en concepto de S. S. atropellar por todo, expresión que, aunque dicha con voz muy templada, no es en el fondo menos gravísima? ¿Atropellar por todo, cuando el gobierno presenta sus proyectos de la manera que lo hace; cuando las Cortes los discuten ampliamente, y cuando se llevan después a que la corona los sancione? ¿Merece tal calificación el modo de obrar del gobierno? No; los que atropellan por todo son el señor González y sus amigos, que empiezan por abrir la Constitución de 1845 por medio de un real decreto, y sustituyen a una ley electoral otra cuyo único fundamento es la arbitraria voluntad de los ministros. Ha aludido S. S. a una persona que está ausente, y debo contestar en su nombre, si no también como ella sabría hacerlo, no con menos decisión y energía. Se queja el señor González, de que al señor González y sus amigos los calificase el señor Pidal de «infames.» Yo hago una alta calificación. Fúnestos son, si pues en las circunstancias críticas que hemos pasado, hacían falta la energía y valor del señor González y de sus amigos, y careciendo de esos prendas, siendo inofensivos para el bien de todos poderosos para el mal. Por esos son fúnestos; porque cuando la insurrección trabe, se someten; porque saben que el pueblo no debe estar armado, y no se oponen a ello; porque cuando están en la oposición todo lo encuentran censurable y malo. Por eso esos hombres son fúnestos; sin que esto quiera decir que sean hombres de mala fe, que no estén dominados por los mejores sentimientos.

Ha hablado también S. S. de las elecciones; pero esto asunto está ya decidido de una manera victoriosa, y definitiva, tanto en este cuerpo como en el Congreso: esa cuestión está fallada hasta la saciedad y hoy no es del caso reproducirla de nuevo.

Dice el Sr. González que su señoría desea la unión de todos los españoles, lo mismo que el señor conde de Velle; pero los medios que emplea su señoría para conseguir esta unión, ¿son los mismos que los empleados por dicho señor conde? Vea su señoría los caminos que este elige, y vea los que él ha elegido para llegar a este término, y con esa comparación entre unos y otros se convencerá de qué va mas acarlado. ¿Es, por ventura, buen camino decir

cada vez que veo su asiento vacante, ganas me da de derramar lágrimas. Y en esta última guerra, no tenemos los nombres de Campo-Alange y Viamante, que han perecido en los campos de batalla defendiendo la causa de la legitimidad y del gobierno representativo. No es un privilegio lo que se concede aquí: se confiere cargo de que responderán los grandes de España con nobleza e hidalgía, viniendo a contribuir a la formación de las leyes del país. Las prerogativas que se conceden a ciertos dignatarios del Estado, nunca se han llamado privilegios, siempre que de ellas pueda resultar la felicidad del país.

Pero dice el señor González: ¿por qué postergar a los títulos de Castilla? He reparado que desde el principio de la discusión se viene insistiendo en que en el proyecto no se hace caso de los títulos de Castilla que, llevados de un celo verdaderamente patriótico, han votado, sin embargo, lo que creían útil para el porvenir de España. Pero, señores, ¿quién no ve que lo que nosotros buscamos es la representación de la alta nobleza con la gran propiedad? No sabe el señor González que a todos los títulos de Castilla que han aspirado a la grandeza de España se les ha otorgado inmediatamente? La corona irá llevando a la grandeza a todos los que con el apellido la pretenden, si tienen las condiciones necesarias para ser legisladores del país.

Los grandes de España, la nobleza titular, los que tienen delante de sí una gran serie de ilustres progenitores, sea dicho contra un argumento que aquí se ha presentado, tienen grandes deberes que cumplir, y saben cumplirlos. Pues qué, ¿no les sirve de nada el ejemplo de sus antepasados? ¿No sirve de nada a los hijos del señor González la educación, la honradez y los buenos servicios que tiene prestados su padre? Dice un proverbio castellano, traducido del francés: «Nobleza obliga», y esta es una verdad. El que tiene un apellido ilustre que conservar, tiene un deber; y atropellar por eso, es atropellar por todo.

No quiero abusar más de la generosidad del Senado. Le ruego se sirva no tomar en consideración la enmienda del señor González.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión, que continuará mañana a la misma hora.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y cuarto.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Extracto de la sesión celebrada el día 22 de junio de 1887.

Abierta a la una y media, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada.

Los señores Nuñez Arenas, Ribó y Martínez Martín, pidieron constase su voto conforme con el de la mayoría, en la votación de la proposición del señor Fagés.

El Sr. CANGA ARGUELLES: El otro día no oí bien las palabras que tuvo a bien dirigirme el señor presidente. En el *Diario de las sesiones* he visto después una calificación inconveniente, y aprovecho esta oportunidad para protestar contra la calificación de pequeño, dado a mi persona, como diputado, y por el carácter que aquí tengo.

El Sr. PRESIDENTE: Yo dije y repito, que ningún diputado puede luchar con la mesa, y V. S. es muy pequeño para luchar con mi autoridad. No entraban ahí las personas; entraba el diputado, cualquiera que fuese: el diputado es muy pequeño para luchar con la autoridad de la mesa.

Se concedió licencia a los señores Massip, Araquistain, Fagés, Casanova y Olcinellas.

Se anunció que se imprimirían y repartirían varios dictámenes de la comisión de peticiones.

El Sr. LOPEZ SERRANO: El sábado pedi la palabra para hacer una pregunta al gobierno; y como no pude hacerla, y la y se va a entrar en el orden del día sin estar presente el señor ministro de Fomento, me voy a permitir decir su objeto para que conste.

El 18 de junio del año anterior, se dictó una ley autorizando al gobierno para la concesión del camino de hierro de Almansa a Portugal. Deseo saber por qué causa esta ley no ha tenido cumplimiento.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Días pasados anuncié una interposición sobre el ferrocarril del Norte y sobre el no cumplimiento de la ley de ferrocarriles. El señor ministro de Fomento se ha servido avisarme que hoy contestaría. Deseo que conste que he estado aquí a primera hora, dispuesto a esplanar mi interposición.

ORDEN DEL DÍA.

Actas.

Se aprobó sin discusión el dictamen sobre el acta de Medinaceli, quedando en su consecuencia admitido el señor don Rafael Sánchez Mendoza.

Juró y tomó asiento el señor Egáña.

Leído el dictamen proponiendo la aprobación del acta de Caravaca, y admitida el señor don José María Rodríguez, quedó aprobada la discusión.

Se leyó el dictamen de la mayoría de la comisión, proponiendo la admisión de D. Juan Felipe Martínez Almagro, por Almería; y dándose en seguida cuenta del voto particular de los señores Navarro Villoslada y Arias, proponiendo la anulación del acta de aquel distrito, se anunció la discusión sobre el voto particular.

El Sr. MARTÍNEZ MARTÍ: Tengo presentada una enmienda a ese voto.

Se leyó por primera vez y pasó a la comisión esta enmienda, que decía así:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar válida el acta de Almería, y admitir como diputado al señor marqués de Tabuérniga.»

Abierta discusión sobre el voto particular, dijo:

El Sr. POSADA HERRERA: Mayoría y minoría de la comisión convenimos en que se deben declarar nulas las actas de una sección de Almería. La diferencia está en que la minoría quiere proceder a segundas elecciones, y la mayoría, que anula el acta de Almería, se declare diputado al señor Martínez Almagro.

La minoría de la comisión ha confundido la conducta de la mesa de Almería en los dos días de elección, con la que tuvieron los secretarios de Almería en la junta de escrutinio. La mesa, en la elección, obró con legalidad; pero los secretarios, en la junta de escrutinio, se desdijeron de sus facultades. Sin embargo, esto en nada perjudica a la legalidad con que se verificó la elección en Almería. Esta sección es completamente válida.

Pero el distrito tenía otra sección en Alhama, que es la que ha merecido la censura de la mayoría y de la minoría. Se ha presentado respecto de la falsedad de la elección en Alhama una prueba que duda haya otra tan completa. Treinta y ocho o treinta y nueve electores fueron a Gador y dijeron al alcalde: «Dípositos V. S.», que dos escribanos leen cada media hora de que estamos depositados, a fin de que si aparecen nuestros nombres entre los votantes de Alhama, quede probada la falsedad. El alcalde admitió la petición, se acreditó la personalidad de aquellos electores; y sin embargo, el día 27 aparecieron 33 de ellos como votantes en el *Boletín oficial*.

Se intentó probar una contra-coartada, y no habrá quien lea esa información que no comprenda que es amañada. De manera que no solo consta probada la falsedad de la mesa, sino que los hechos alegados para probar lo contrario, demuestran la legalidad con que procedió.

Pero la mayoría y la minoría estamos discordes en las consecuencias. Dice la minoría: «Es necesario declarar nula el acta de la sección, y por consiguiente, la del distrito.» Es indudable que no se puede establecer la regla general de que anulada una elección se proclame diputado al que resulta en la otra sección con mayoría; pero es indudable también que no se puede sentir como regla el supuesto contrario. ¿Cuántos votos ha tenido el señor Martínez Almagro en Almería? 130; ¿cuántos votos legítimos se han admitido en Alhama? 60; total 190. El señor Martínez Almagro tiene 130; luego tiene la mayoría de los votos, cuya falsedad no se ha probado. Este sistema permite hacer justicia a los candidatos que hayan sido combatidos por malos medios.

El distrito, por ejemplo, tiene dos secciones; una con 200 electores, y otra con 100. En la primera tiene un candidato 130 votos; en la segunda 30; total, 160. Es decir, que este candidato tiene segura la elección.

Pues bien, admitase la teoría de la minoría, y entonces el candidato que no cuenta más que con 140 votos, tiene medios seguros de anular la elección. Un candidato que es dueño de la mesa completa en una sección, aunque en todo el distrito esté en minoría, tiene en su mano los medios de inutilizar a su contrario haciendo que la sección se declare nula, y por consiguiente la elección. Si, entonces, un sistema de este género, de estímulo a la falsificación, no puede ser aceptable como bueno. La mayoría de la comisión se ha colocado en mejor terreno: no proclamar diputado a aquel cuyos amigos han sido causantes de la falsedad; no proclamar diputado a aquel que no le da la mayoría de los votos legalmente emitidos. Los 33 votos dados ilegítimamente en Alhama, son nulos; pero los otros 60 deben servir, no para computarlos al señor Martínez Almagro, sino para que no se tome por pretexto la nulidad de la sección de Alhama para anular la elección de todo un distrito; porque aun computando esos 60 votantes en favor del otro candidato, todavía el señor Martínez Almagro tiene la mayoría de los votos.

Debo, por último, decir que no hay un solo caso, desde que se ha planteado la ley electoral, en que no se haya admitido a los candidatos que se han encontrado en idénticas circunstancias que el señor Martínez Almagro. Si se me presenta un solo caso en contrario, yo retiraré el dictamen.

El Sr. MARTÍNEZ MARTÍ: La enmienda que he presentado ha pasado a la comisión; yo pido que vuelva a leerse, y se me permita apoyarla.

El Sr. PRESIDENTE: Primero es necesario saber si se toma en consideración el voto particular.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: El voto particular que con el señor Arias he presentado, no es la expresión de mis sentimientos y deseos, es la de mi conciencia. Hace cerca de un año que en este mismo sitio, reunida aquí la minoría de las Cortes constituyentes, y a consecuencia de sucesos que no quiero recordar, se puso en duda la prerogativa de S. M. para elegir sus ministros.

En aquella reunión se levantó una voz en defensa de las prerogativas del trono, en favor de la Reina, en favor del orden público. Era la voz elemento de un diputado de Almería, del señor don Juan Florán, marqués de Tabuérniga. Recordémosle las circunstancias; la milicia recién armada; el pueblo rodeando este edificio; las tribunas llenas de espectadores, que abundaban en los mismos sentimientos de los que estaban aquí reunidos, que amonazaban con sus voces y ademanes. Pues bien, el señor marqués de Tabuérniga se levantó contra esta coacción.

El señor marqués de Tabuérniga no ha obtenido por aquel acto sublimado premio ni condecoración alguna; la gloria solo de haberlo ejecutado, debía ser su recompensa; únicamente ha querido volver a ser elegido por el distrito que le envió a este recinto a sostener, tan valientemente como lo hizo, el trono y el orden público. Pues bien; ¿hay alguno que se atreva a cerrarle las puertas de aquel distrito? No lo creo; y estoy cierto de que la comisión misma, que propone que se admita al señor Martínez Almagro, si ha de ser consecuente, tiene que ser la primera que se levante en pro del señor marqués de Tabuérniga.

Dice el señor Posada que mayoría y minoría de la comisión estamos conformes en que la sección de Alhama es nula. Esto no es exacto: la mayoría, por lo que dice en su dictamen, cree válida el acta de Alhama, pues no propone la nulidad sino de 33 votos. No hay, pues tal conformidad.

Dice S. S. que solo debe proclamarse diputado al candidato que tiene la mayoría de los votos, cuya nulidad no aparece especialmente probada. ¿Y está probada la nulidad de esos 33 votos? Yo con el acta en la mano, digo que no. La existencia de los 33 electores en Gador se aparenta probar por una declaración de 21 testigos de la mayoría autoridad. ¿Y qué dicen estas personas? Dicen que conocen a 13 individuos, y a nadie más de esos 33. De consiguiente, la falsedad, cuando más, se probará respecto de 13 votos, quedando todavía tres votos de mayoría al señor marqués de Tabuérniga. Luego, si la doctrina de la comisión se admite, es diputado el señor marqués de Tabuérniga.

Pero entre estos 13 votos aparece un don Casto Ramon Sáez, que no está en las listas de votantes, y un don Francisco Álvarez, José Segura, Juan Salinas, que tienen en las listas otros segundos apellidos. De modo, que ni aun todos esos 13 tal vez estarán falsificados en Alhama.

Hay más de la sección de Alhama voy a la de Almería. Acerca de esta, ha dicho el Sr. Posada que la minoría de la comisión ha confundido la conducta de la mesa en la elección, con la que tuvieron los secretarios en la junta de escrutinio. No es esto exacto; la minoría no rechaza los votos de Almería como falsos, tampoco los admite; no entra en esta cuestión, solamente los presenta como sospechosos. En Almería se constituyó la mesa por unanimidad en favor del Sr. Martínez Almagro; en Alhama también por unanimidad, en favor del señor marqués de Tabuérniga. Estas dos actas adolecen de un vicio: la de la sección de Alhama adolece de falsedad, y la de Almería de parcialidad extraordinaria en su empeño de anular los votos de una sección que no había presenciado, contraviendo abiertamente a lo dispuesto en el art. 63 de la ley electoral. Los secretarios de Almería no quisieron firmar el acta; querían anular la sección de Alhama, y mostraron en favor de su candidato una parcialidad sospechosa.

Es, pues, demasiado exigir que por los votos de Almería solamente vayamos a proclamar diputado al Sr. Martínez Almagro.

Para nosotros es nula la sección de Alhama, porque ha cometido una falsedad, aunque no sea tan importante como dice el Sr. Posada; para nosotros la sección de Almería es altamente sospechosa; y lo que el sentido común dice que debe hacerse en este caso, es anular el acta, porque no nos merecen crédito, ni la mesa de Almería, ni la mesa de Alhama. Vuelvan, pues, los electores a las urnas y ellos decidirán.

El señor marqués de TABUÉRNIGA: Es la primera vez que hablo en asunto propio, y pido la indulgencia del Congreso. La circunstancia es que en su discurso ha aludido el señor Navarro Villoslada me recuerda un día en que yo he contribuido a echar a ciertos hombres y he contribuido a traer otros. Ahora, aquellos a quienes yo he contribuido a traer, proponen mi elección.

Lo primero que se me ocurre al tratar de estas actas, es una cosa sorprendente. Una acta que no tiene los inconvenientes de otras, arroja de sí un desdicho tan singular, que no sé cómo calificarlo. Dice la mayoría: 33 o 39 electores; véase la atención y el estudio con que la mayoría ha examinado el acta. Mas consecuencia la minoría, ha propuesto la nulidad.

El acta de Almería trae una irregularidad y una protesta. La irregularidad es, que en la junta de escrutinio cuatro hombres, de los cuales uno era hermano del contrincante, se marcharon y no firmaron. El presidente hubiera podido nombrar otros cuatro escrutadores; pero de todos modos, la ausencia de estos no ha podido invalidar aquel acta.

La protesta tiene tres partes: la una es que el gobierno había puesto una sección donde no la ha habido nunca. Señores, esa sección fué propuesta contra mí.

Segundo artículo de la protesta: que no pudieron los protestantes llegar a la mesa hasta las diez; y tercero, que un soldado de caballería les impidió llegar. Véase si esta protesta ataca en nada la elección; pero para que todo sea extraño, todos los documentos presentados se reducen a cinco, enviados por veinte, treinta, treinta y ocho, cuarenta y un electores; de suerte, que si se suman los protestantes suben a triple del número de electores; y léngase en cuenta que ninguno firma: todos se contentan con manjar testimonio.

Esa protesta tiene la fecha de 27 de marzo: era regular que se presentase a la junta de escrutinio. Pues no se presentó, y sin embargo, viene al Congreso un documento, señores, es forjado, es hecho no existe, y véase por qué yo no admito el dictamen de la minoría de la comisión.

No quiero molestar más al Congreso, y por ahora solo le pido que no se deje alucinar por la autoridad merecida del señor Posada; que no acepte como original un testimonio como ese en que se ha fundado la comisión, testimonio irregular hasta por el conducto por que ha sido admitido, y desapruebe el dictamen de la mayoría y el de la minoría.

Los señores Posada Herrera, marqués de Tabuérniga y Navarro Villoslada, rectificaron.

El Sr. MARTÍNEZ MARTÍ: Siento tener que combatir a un amigo mío y a un jurista tan distinguido como el señor Posada. Sin embargo, la cuestión para mí es tan clara, que el Congreso no obrará en justicia, si no a la vez al señor marqués de Tabuérniga.

El señor Navarro Villoslada ha dicho que no es cierto que sean 33 los votos que deben anularse en Alhama, y que quedaba por lo mismo en mayoría el señor marqués de Tabuérniga. Esta es la verdad; y siendo esta la verdad, habrá que aprobar las actas de Almería. Al oír que había declaraciones de 25 testigos, asegurando la identidad de 33 que se retiraron a Gador, se habrá asombrado, ¿pero qué hay en eso de positivo? Veinte y cinco personas en un solo acto, reunidas ante un alcalde, dicen que conocen a 13 electores; ¿y es esto acreditar que 33 electores de Alhama han dejado de emitir sus votos? ¿Es esto una prueba fehaciente? Se dice que cada media hora daba fe el escribano de que estaban en el local. No es esto exacto; en el testimonio, dice el escribano, que ha hablado a don José Canton y consortes; y este don José Canton, no es ninguno de los conocidos por los 25 testigos.

Resulta, pues, que el principal fundamento en que se apoya el dictamen de la minoría, es muy poco sólido.

Hay más: el señor Navarro Villoslada ha dicho que de esos 12 hay tres que no son electores; de modo, que la verdad es que solo 8 electores, aun dando fe a esos documentos, son los que vendrían a modificar el resultado de la votación. Y como aun así todavía queda con mayoría el marqués de Tabuérniga, suplico al Congreso deseché el voto particular, o si lo toma en consideración, sea para aprobar la enmienda que ha presentado.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Señores, nunca he usado de la palabra con mas disgusto que en esta ocasión. Yo estaba ilustrando mi conciencia para emitir mi voto con arreglo a ella, y un señor diputado, hablando en pró del voto particular, ha empezado su discurso con palabras tales, que yo no puedo dejar de darme contestación.

Hace tiempo, señores, que algunos señores diputados se explican acerca de ciertos actos, de ciertos sucesos y de ciertas personas, de una manera dura, poco conveniente; y nosotros hemos guardado el silencio acerca de una porción de calificaciones improcedentes e injustas por no envenenar las discusiones, y porque podía llegar un día en que pudiéramos defender a las Cortes constituyentes con mas tranquilidad. Hemos guardado silencio en bien del país; pero hoy, este silencio sería indigno, y yo tengo que romperlo, conduciéndome, sin embargo, como nos cumple a mí y al Congreso. El señor Navarro Villoslada, creyendo recomendar así la admisión del señor Tabuérniga, ha traído aquí unos sucesos que no debían recordarse en esta circunstancia.

Ha dicho S. S. que el señor marqués defendió aquí la prerogativa real cuando se levantó en 14 de julio contra la minoría de las Cortes constituyentes.

En 14 de julio, y apelo al libro de actas, el señor presidente convocó a todos los diputados de la nación, no solo a los que se hallaban en Madrid, sino a todos, porque la situación era grave; porque se grave en un país regido constitucionalmente, un cambio de gabinete.

Las Cortes constituyentes, al suspender sus sesiones, habían facultado al presidente para convocarlas, cuando un asunto grave se presentase. Grave creyó el presidente aquel suceso, grave lo creyeron los vicepresidentes y los secretarios, excepto uno, y se hizo la convocatoria a los diputados en Madrid y en las provincias, como pudiera haberse hecho en una situación normal. Verdad es que no concurrieron más que cien diputados de los que residían en la corte; pero para dar un voto de censura no se los puede calificar de minoría, y mucho menos con una calificación mas dura que en aquellos días se nos arrojó al rostro a los que nos congregamos aquí, y deliberamos y votamos como creímos conveniente. Según el reglamento de aquellas Cortes, bastaban 50 diputados para tomar cualquier resolución que no hubiera de tener el carácter de ley.

Juzgue el Congreso si he tenido el deber de levantarme, y si lo habré hecho con disgusto.

Algo más quisiera decir, pero no creo que es esta la ocasión oportuna, y hago de nuevo por mi país el sacrificio de seguir callando, y me siento.

El señor marqués de TABUÉRNIGA: Señores se ha citado mi nombre y se ha enlazado con acontecimientos que no deben ponerse en su lugar.

Cuando yo me levanté en este sitio a tomar la palabra contra aquella proposición, hubiera aparecido como un faccioso si no lo hubiera hecho, porque no diría más bastantes, porque la determinación que se presentaba a las Cortes era importante, porque era un acto de rebeldía: 93 señores diputados votaron el acta, y solo 82 aprobaron la proposición, y yo me congratulé de oír que fallaban en ella 11 votos de diputados que se habían marchado de aquí viendo los horrores que se preparaban. Me opuse a aquella proposición porque la juzgué faccioso, y cuando después se la dió este nombre en un documento oficial, no se hizo mas que copiar lo que yo había dicho.

Me opuse a aquel acto, porque la convocatoria no se hizo con la solemnidad que debiera, y porque solo se reunió aquí una minoría que yo calificé entonces, y no vuelvo a calificar ahora, porque no está delante, y porque yo solo combatí a mis enemigos cuando los tengo al frente. Me opuse porque aquel voto de censura era hasta una superchería, dado a un ministerio que no había tenido aun tiempo de empezar a obrar.

Consta, pues, que yo sé aquí el defensor de las Cortes constituyentes en todas ocasiones; pero antes que ellas esté la justicia, la patria y el trono de mi Reina.

El Sr. VILLOSLADA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Por un exceso de delicadeza el señor González de la Vega ha querido contestar al señor Villoslada, y ya ha visto el Congreso que se le ha dejado hablar cuanto ha tenido por conveniente. Pero no creo que deba extenderse la discusión este punto.

El Sr. GANDARA: Pido que se lea el artículo 142 del reglamento. (Se leyó.)

Muchos señores diputados: A votar, a votar.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: No he calificado el acta de la última sesión de las Cortes constituyentes de ninguna manera, porque calificarlo ahora dentro de una situación moderada, no es acto de valor; es mas bien una cosa indiferente, que no tiene mérito. Pero ha querido como lo hizo entonces el señor marqués de Tabuérniga, eso es lo valiente, lo heroico, y por eso debe tomarse en consideración esta circunstancia por el Congreso, que no tiene los héroes tan a mano para desprenderse con tanta facilidad de ellos.

El Sr. RIOS ROSAS: Pido la palabra para una alusión personal.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. RIOS ROSAS: Tal vez no necesitaría usar de la palabra si el señor González de la Vega dijera si había hecho alusión al ministerio de que formé parte en fin del año pasado.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: La calificación que he rechazado, ha sido la de faccioso tratándose de las Cortes reunidas aquí en 14 de julio, y la he rechazado al hacerlo de otra del señor Villoslada.

El señor Rios Rosas ni del ministerio de que formé parte me he podido creer que partiera aquella calificación, desde cierto día que la negó S. S. contestando en este recinto al señor marqués de Pidal; dijo terminantemente, que esa calificación no era de aquel gobierno.

El Sr. RIOS ROSAS: Cuando el señor marqués de Pidal me atribuyó haber calificado de cierta manera a las Cortes constituyentes, declaré que no era exacto que las hubiera calificado así. Pero entonces no declaré que no hubiese calificado a una minoría.

No tengo más que decir.

Puesto a votación el voto particular, y habiendo pedido algunos señores diputados que fuese nominal, se verificó así, y fué desechado por 90 votos contra 61.

Se leyó en seguida el dictamen de la mayoría, y fué aprobado en votación nominal por 59 votos contra 39.

Juró y tomó asiento el señor Mendoza, que ingresó en la quinta sesión.

Se leyó el dictamen de la comisión sobre límites entre España y Francia.

El Sr. EGANA: A pesar de estar enfermo, he venido a forar en cuanto he sabido que se iba a discutir este proyecto, porque no quería dejar de ocuparme de él. Pero en vista de lo avanzado de la hora, y en consideración al mal estado de mi salud, suplico al Congreso

so que si lo tiene a bien suspenda esta discusión hasta mañana a primera hora.

El Sr. marqués de PÍDAL, ministro de Estado: El señor Egáña me hizo antes una indicación semejante a la que acaba de oír el Congreso, y le he contestado que yo también tenía graves ocupaciones fuera de aquí, y he venido a invitación del señor presidente para discutir este tratado por la urgencia que tiene, y porque creo que sería perjudicial retardar por mas tiempo esta discusión. Sin embargo, yo estoy siempre a las órdenes del señor presidente y del Congreso.

El Sr. PRESIDENTE: El lunes pasado me escribió el Sr. Egáña solicitando que suspendiera la discusión de este proyecto por dos o tres días, en atención a hallarse enfermo, y a tener un deber de conciencia de tomar parte en ella. Yo contesté que suspendiera la discusión con tanto mas gusto cuanto que el señor ministro de Estado, en quien yo me roza mas en particular, tenía que asistir al Senado. Hoy, después de ocho días se ha puesto a discusión, y el señor ministro ha venido dejando otras ocupaciones. El Congreso decidirá si se ha de suspender o no la discusión, pero yo creo que, aunque muy atendibles las razones expuestas por el señor Egáña debe continuarse.

El Sr. EGANA: Señores, siento carecer de las dotes oratorias necesarias para mover el ánimo, porque considero esta cuestión, no como de localidad, sino de un interés altísimo. No me mueven a tomar parte en ella los intereses de las provincias Vascongadas, que al fin y al cabo son los intereses de la nación, sino que me mueve el creerla una cuestión de independencia nacional.

No, creo, sin embargo, obtener un voto favorable del Congreso, no porque creo que los señores diputados se dejen llevar del ministerialismo y no voten con la debida independencia; sino porque estoy seguro de que ninguno conoce la cuestión por falta de datos.

Yo creo que con este proyecto debieron haber venido, no solo los anteriores tratados de límites entre España y Francia, sino los planos levantados por una comisión de ingenieros franceses y españoles, y las diversas memorias escritas sobre el particular; pero no únicamente el proyecto y dos o tres comunicaciones.

Respecto a los primeros, manifestaré: primero, que habiéndose dicho a aquellos pueblos que se haría un arriendo temporal de sus yerbas, se hizo este perpetuo; segundo, que la comisión de límites les dijo que pastarían también allí sus ganados, y en el tratado se les excluye; tercero, que se dijo que el arriendo tenía por objeto disminuir el número de ganados franceses, y las condiciones de arriendo tienden aminorarlos: cuarto, que se dijo a los pueblos que ellos fijarían el arriendo con relación a cada cabeza de ganado, y se ha fijado por la comisión sin atender al número de cabezas, y no dejando a los pueblos de Navarra el beneficio de los arbolados en la parte que estos puedan ser necesarios para el uso de los pastores y guardas, y sombra y defensa de los rebaños, lo cual ocasiona graves perjuicios, que se remediaban con el tratado de 1785: quinto, se dice que se reconocen la línea establecida con algunas alteraciones, y estas consisten en dar a Francia lo que por aquel tratado le daba España, y priva a los pueblos navarros de lo que Francia debía conservar según el mismo pacto: sexto, se priva a España de las faldas septentrionales de las montañas a la izquierda de Isterbequino-munua y Borzobustan; séptimo, que perderemos un gran terreno al fijarse los mojones en el costado de Alduides con Valcarlos, si se lleva la línea por la dirección mas corta; octavo, que el gobierno español no podría utilizarse de las ruinas de la casa de calcinación y otros edificios que tenía de delegarchulo, porque no se puede edificar: noveno, que tampoco podrá utilizarse de los minerales de hierro, porque el tratado dice que no ha de alterarse el tratado actual de las yerbas: décimo, que si el gobierno español pensara en rehabilitar la función de Euzkai, no tendría de dónde proveerse de minerales: undécimo, que no podrá aunar un ejército en aquel terreno, porque se alteraría el estado actual de las yerbas: duodécimo, que a los franceses solo se les prohibe hacer casas y extraer leña, y esto último no lo cumplirán bajo pretexto de llevar leña menuda a las baracas de los pastores y guardas: decimotercero, que respecto a la fabricación de casas, quedará lo que en otras ocasiones, que poco a poco han ido formando pueblos como Alduides y Urepel: decimocuarto, los guardas no podrán impedir, porque se promuevan cuestiones que terminarán por legitimar lo infringido: decimocuarto, que la Francia, por las cuatro leguas que le damos en el quinto real, solo nos da un pedacito de terreno en Ventarres sobre Valcarlos: decimosexto, que con los mismos pedacitos de terreno indemniza las 300 corradizas que tenía la colegiata en el quinto real: decimoséptimo, que con los mismos repunera los tres cuartos de legua desde Pertole a San Juan de Pied de Puerto.

Se cree que todo esto es honor y ventaja para España y para los pueblos: decimocuarto, que en el camino de Baztan a Valcarlos, por Alduides, no hay mas heredades en cultivo, que las pagadas a las casas de este último pueblo: decimosexto, que España pide como una gracia el paso del ganado del Baztan por estos terrenos: vigésimo, que los otros ganados de los pueblos de Roncesvalles, Valcarlos, Burgete, Euzkai, y aun los del valle de Aezkoa, no se consiguen en el tratado, y que por lo tanto no tendrán paso a través de esos terrenos si los franceses quieren impedirlo: vigésimo primero, que se le da a gente sencilla a los que, sin respetar ningún tratado, han andado siempre a caballo sobre nuestros carabineros, porque no les permitían subir a caballo en territorio español, amenazando siempre con incendiar nuestros pueblos: vigésimo segundo, que no se ha respetado el antiguo valor del acuerdo de dos plenipotenciarios de 1757, fijando la línea de límite, porque no obtuvo la aprobación de los soberanos: vigésimotercero, que tampoco se ha conservado el límite que fijaba el tratado de 1695, sino en la parte de dar a Francia la porción que por él le correspondía: vigésimocuarto, que la línea firma ángulos y curvas monstruosas, internándose en España hasta dos leguas, contra lo que aconseja la misma naturaleza: vigésimo quinto, que tampoco conservarían los navarros sus dehesas en las alturas, porque se dice que España no debe poseer nada a la parte de allá o faldas septentrionales, cuando con Francia se ha hecho lo contrario: vigésimosexto, que si no nos indemnizan los pastos de Idopel y Ezkanda con el derecho jurisdiccional que no impedirá que se lleven los franceses los ganados cuando quieran y no los suelten hasta que los dueños les pague. Lo que les piden: vigésimo séptimo, que nada nos dan por los prados de Aheildon: vigésimotercero, que por los montes de Zibaleta y Paragaita, nos da solo una parte de ellos; vigésimo octavo, que por un terreno nuestro, sin disputa, nos da todo que le atribuyeron: vigésimo noveno, que por los dehesas de Lurcia y Azpitoya, no da el mismo terreno: trigésimo, que nos da el mismo por de Bezuta mayor y Bezuta menor: trigésimo primero, que el mismo nos da por de Gumbaleta, Ardanaga y Larra. En suma, que por un millón de tocas cuadradas de terreno español, que le dejan a España, les da este nuevo millones de tocas, y les conserva la propiedad de otros siete millones: trigésimotercero, que conocida la deformidad de esa línea, se harán nuevos tratados que hagan volver a la Francia los arbolados de Irati, pasando la línea por los ríos Urchiria a Irati, con lo cual; primero: se utilizarán de los arbolados que hoy se les adjudican, llevando sus leñas por el río; y segundo, que las llevarán hasta Tortosa, porque de otro modo no permitirán poner las esclusas para la navegación de los españoles en la parte de límite.

Señor presidente, tengo que haberle todavía bastante, y rogaria a V. S., que habiendo pasado las horas de reglamento, se sirviera suspender esta discusión hasta mañana, dejando en el uso de la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión. Se leyeron y quedaron para la mesa los dictámenes de la comisión de actas, proponiendo la aprobación de las de Cáceres, Galicia y Ciudad Real, y la nulidad de las de Arévalo de Mir.

Se leyó una enmienda a la ley de imprenta, de D. Sres. Iñás, Campino y otros, y pasó a la comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Mañana a primera hora, se discutirán los dictámenes de actas que han quedado sobre la mesa; la interposición del señor González de la Vega, y después la discusión p. n. le.

Se levanta la sesión. Eran las seis.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—Las pocas noticias recibidas ayer por el correo de provincias son satisfactorias. El buen tiempo que está haciendo en todas ellas, ha contribuido en gran manera a que los sembrados sigan mucho mejor que hasta aquí, esperando una cosecha muy buena.

—He aquí la magnífica composición, que el venerable sacerdote y distinguido humanista D. Francisco del Valle, canónigo de la catedral de León, y director de un instituto provincial, compuso en elogio de los duques de Montpensier con motivo de la estancia que hicieron dichos señores en la ciudad capital. Por la belleza que contienen sus cadenciosos versos, y por lo poético lo que es este género de poesía en nuestros tiempos, la insertamos con el mayor gusto a continuación:

SERENISSIMIS INFANTIBUS DUCISSÆ AC DUCI DE MONTPENSIER.

NOMINE CLAUSTRI LITTERARII INSTITUTI LEGIONENSIS, EJUSDEM DIRECTORI.

O. D. Q.

Inclita progenies, Borbonis sanguine ducta,
Quamque Resaredi ac Fernandi stemmata gestans,
Presantes virtute viros, virtute procuras,
Vincere, majorem sectas exempla laurum:
Tu bene, que populos, faciendis, visis lberos,
Et famam mem